

REVISTA DE SANIDAD MILITAR

AÑO VII. MADRID 15 DE SEPTIEMBRE DE 1893. NÚM. 150

COEFICIENTE FISIOLÓGICO DE LA CONCIENCIA

CONFERENCIA

DADA EN EL ATENEO DE CÁDIZ POR D. MANUEL MARTÍN SALAZAR

Médico segundo del Cuerpo de Sanidad Militar.

(Conclusión.)

En lo dicho anteriormente, queda revelado todo el secreto de la relación del cuerpo con el espíritu. Siempre que una impresión violenta es sufrida por el cuerpo; como cuando es éste punzado, ó cortado, ó quemado, ó contundido, una corriente nerviosa de gran intensidad llega hasta los altos centros encefálicos, ocasionando en ellos una desagradable conmoción mental, á que llamamos dolor. Cuando el alcohol ó el ópio, por ejemplo, ingeridos en gran cantidad, son absorbidos por el estómago y conducidos por la sangre hasta la corteza misma del cerebro, llegadas que son allí estas substancias tóxicas, envenenan los delicados corpúsculos nerviosos que están al servicio del pensamiento, interrumpen el rodaje normal de sus misteriosos átomos, embotan la susceptibilidad maravillosa que poseen para poner en libertad la energía nerviosa en ellos acumulada, y dificultando así la desintegración material requerida para toda función mental sana, se amortiguan las sensaciones, se alteran los sentimientos, se perturban las ideas, y tras un delirio representado por el aquejarre de todas nuestras facultades subjetivas, sobreviene al postre un triste obscurecimiento de la razón, cuando no una abolición absoluta de la conciencia.

Y si todo es cierto; si toda descarga molecular de las regiones superiores del sistema nervioso, tiene su propia y característica sombra mental en la conciencia, preciso será convenir en que el estudio de las relaciones naturales perpétuas que existen entre estas dos series de fenómenos, materiales y mentales, debe ser el fin supremo de esa nueva ciencia antropológica, que no solamente pretende sentar doctrina definitiva en punto á pasiones, vesanias, delincuencia, responsabilidad, corrección, etc.; cosas

todas, que con tanto afán, como estrechez de horizonte filosófico, cree hoy resolver de plano la escuela criminalista moderna, sino que además aspira, con razón, nada menos que á darse cuenta de la participación que el cuerpo y el espíritu toman juntamente en la constitución integral de la humana conciencia.

De todos los fenómenos de la naturaleza, ninguno hay, para mí, tan peregrino, tan misterioso y tan grande, como eso de sentirse á sí mismo, y poderse ver y analizar en el interior del pensamiento.

Darse cuenta de los objetos exteriores á nosotros; tocarlos con nuestras propias manos; verlos con nuestros ojos; oírlos con nuestros oídos; todo eso parece, al fin, cosa por demás naturalísima, según están dispuestos nuestros sentidos externos, para servirles de guía y trazarles de fuera á dentro el camino; pero sentirse y reconocerse, como tal objeto de sensación y conocimiento, aquello que es á la vez sujeto ó agente del sentir y del pensar; desdoblarse interiormente en esa dualidad metafísica de nuestra doble esencia objetiva y subjetiva; ensimismarse en la contemplación de sí mismo, á la claridad de una misteriosa luz, que alumbra el interior de la humana personalidad, como el sol del medio día ilumina los objetos que perciben nuestros ojos..., eso sí que traspasa los límites naturales del asombro, en punto á complejidad y prodigio de la organización psicológica del hombre, que, bajo este soberano aspecto, puede muy bien decirse que está hecho á imagen y semejanza de Dios.

Si nosotros dirigimos la mirada al interior de nosotros mismos, observaremos que todo el contenido de la conciencia puede dividirse muy bien en dos distintas clases de fenómenos. Son los unos mudables, vívidos, intensos, llenos de luz mental, como sugeridos que están continuamente por las mil y una causas con que el mundo exterior hiere é impresiona nuestro espíritu. Ellos forman todo ese continuo ir y venir de sensaciones, de sentimientos, de aspiraciones, de deseos, de ideas, de voliciones, de cosas infinitas que comienzan á ser, y de cosas infinitas que dejan de ser para nuestro pensamiento. Pero en medio de este perpétuo cambio de fantasmas, de figuras, de sombras, de tipos y arquetipos, de las cosas que surgen en nosotros al contacto mágico con la exterior naturaleza, se dibuja allá, en lo más secreto y escondido de la conciencia, otra clase de fenómenos mentales diferentes; más déjiles y oscuros, menos vivaces, pero más extensos, más fijos y con más hondas raíces en el interior de nuestra organización. Pues bien; por esta última clase de fenómenos es por la que llegamos al conocimiento de nosotros mismos; por

ellos persistimos como individualidad personal inmutable á través del tiempo; por ellos creemos sobrevivir á ese continuo rodar de la vida y de la muerte, que envuelve á gran parte de los seres que nos rodean; por ellos, en fin, percibimos que hay algo dentro de nosotros mismos, que en medio de los cambios perpétuos que traen consigo las edades, permanece, más ó menos inconsciente, pero verdaderamente esencial á nuestro ser, desde el nacimiento hasta la muerte.

A estas dos clases de fenómenos mentales corresponden otras dos sendas series de fenómenos nerviosos, tan distintos entre sí por su origen y mecanismo fisiológico, que los médicos antiguos fueron inclinados á considerarles como función de dos sistemas nerviosos diferentes: el sistema cerebro-espinal, ó de la vida de relación, para todo aquello que nos comunica con el mundo exterior, ó macrocosmos; y el sistema del simpático, ó de la vida vegetativa, para todo lo que nos liga á nuestro propio cuerpo, ó microcosmos. Pero esta distinción, sentada en la fisiología por el genio de Bichat, á cambio de un bien transitorio, legado con la expresión de esa pseudo-verdad, produjo un gran mal, fijo y trascendente, por impedir ver, en lo sucesivo, cuál era la definitiva verdad total. Puesto que de tal suerte se compenetran y confunden en la realidad las funciones de la vida animal con las de la vida vegetativa, que hasta en los seres superiores, en aquellos en que más diferenciados andan las funciones y los órganos, el sistema nervioso todo forma una unidad anatómica y fisiológica indivisible, que corresponde, en el orden mental, á esa otra unidad psicológica que lo inconsciente y lo consciente juntos forman en la constitución de nuestro espíritu.

Aquellas percepciones interiores, vívidas, intensas, mudables, más que el caprichoso viento, que cruzan de continuo la conciencia, son las sombras mentales de procesos nerviosos que se hallan en actividad constante al duro golpear de impresiones ó preguntas venidas de afuera, y determinaciones ó respuestas surgidas de adentro. Cuando una corriente nerviosa sensitiva venida del exterior, llega á las regiones superiores del cerebro, sobreviene un estado particular de la conciencia, por el que el espíritu se hace cargo de la energía que entró; y cuando de esos mismos centros nerviosos parte una corriente motora dirigida al exterior, se produce otro estado de conciencia, por el cual nos damos cuenta de nuestra reacción mental. De esta suerte, tenemos constante conocimiento, así de lo que llega hasta nosotros, como de lo que contestamos al mundo que nos rodea; viniendo á establecerse, por este doble mecanismo de acciones y reacciones

mútuas, una inmensa circulación de la energía, por virtud de la que nos ponemos en comunicación recíproca, psico-cósmica, con todo lo creado; y hasta podemos aspirar á influir, idealmente, como, en efecto, influimos con nuestro espíritu, en la marcha y evolución del universo entero; como á la vez éste, desde la piedra á la luz, desde el átomo al astro, desde el infusorio al hombre, todo influye é influirá eternamente sobre el humano espíritu.

Pero además de esta gran circulación; además de este flujo y reflujo de corrientes nerviosas que vienen y van de nosotros á la naturaleza exterior, existe otra pequeña circulación de la energía nerviosa, concretada á lo interno ó íntimo de nuestro propio cuerpo. Es decir, que no sólo recibimos por los órganos de los sentidos innumerables oleadas de energía cósmica, sino que desde todas las partes de nuestro organismo, de nuestros huesos, de nuestros músculos, de nuestras vísceras, de toda esa continua hirviente fermentación de la vida nutritiva de las células de nuestros tejidos, parten grandes corrientes de movimiento molecular nervioso, que llegando hasta los centros sensoriales del sistema, y esparciéndose como vao personal enorme por los intersticios más recónditos del cerebro, se reflejan allí, y tornan, y descienden en forma de energía vegetativa, para al fin animar y dar vida á nuestros órganos. Porque así como Harvey y Miguel Servet descubrieran una doble circulación de la sangre, desde el corazón á los pulmones, y desde el corazón á todas las partes del cuerpo, así hay también una doble circulación de la energía nerviosa, desde el cerebro al mundo exterior, y desde el cerebro á la intimidad de todos nuestros órganos. Y lo que es ley que pase, desde el punto de vista psicológico, con la gran circulación nerviosa, es lógico que ocurra con la otra menor circulación. Es decir, que cuando esas corrientes nerviosas que vienen de lo íntimo y escondido de nuestra naturaleza orgánica, llegan á los centros superiores nerviosos, ó parten, al reaccionar, de allí, para llevar soplos de vida al funcionamiento regular de los órganos ó de las vísceras, dan lugar también á sus correspondientes sombras mentales en la conciencia, y proyectan sobre ella lo que hay de más constante y esencial en nuestra constitución psicológica.

Y como el sistema nervioso forma, según llevamos dicho, un todo armónico é indivisible, sucede, como es natural, que al llegar al cerebro las corrientes de la vida de relación y las corrientes de la vida vegetativa, se compenetran é integran la una con la otra circulación nerviosa, allá en los altos centros encefálicos, para contribuir juntas á la misteriosa producción de los fenómenos

mentales. De aquí que á la constitución de nuestra personalidad psicológica, no sólo contribuyan las sensaciones, los sentimientos, las ideas, las voliciones, etc., surgidos al choque de nuestros sentidos externos con el mundo que nos rodea, sino que una gran parte de esos estados mentales son despertados é influidos por el eco débil, aunque continuo y hondo, de las funciones nutritivas de nuestro organismo.

Esta diferencia de funciones entre ambas partes del sistema nervioso, estriba sólo en las leyes que rigen la intensidad y repetición de los procesos cerebrales.

Es de ley general nerviosa, que cuando las corrientes que lleguen al cerebro son continuas y de semejante intensidad, hay siempre tendencia á que disminuya y hasta desaparezca el eco mental que dejan en la conciencia. Así se comprende que ese constante flujo y reflujo de la vida nutritiva de los tejidos, pase tan silencioso y obscurecido para nuestro espíritu, aunque nunca totalmente ignorado ó anulado; porque ese trabajo íntimo y vegetativo, que al parecer resulta tan continuo, tiene, no obstante, su ritmo funcional periódico, que hace que se conserve íntegro, aunque obscuro, el coeficiente mental que lleva perpetuamente á la conciencia.

Además, si bien es cierto que esas corrientes nerviosas, venidas de lo íntimo, son débiles, tomadas aisladamente, en cambio, todas juntas, como procedentes del total cuerpo, son enormes por su volumen y suma potencial; á tal punto, que ellas son las que verdaderamente engendran ese fondo moral del carácter y del temperamento, que tanto determina el modo de ser, así fisiológico como psicológico, de los individuos. Aunque dadas allá, en las obscuridades de nuestra vida mental, acaso contribuyan, más que las ruidosas impresiones exteriores, á determinar nuestros instintos, nuestras inclinaciones, nuestros vicios, nuestras virtudes, todo lo que hay de normal y de morboso en el seno de nuestra naturaleza moral. Acaso sean los trabajadores ocultos, que allá, en las galerías subterráneas de nuestra organización, engendran, ora la hermosa luz del bienestar y de la felicidad, ora las horribles tinieblas de la tristeza moral, de la melancolía y de la locura.

La fisiología mental y la psiquiatría están verdaderamente repletas de hechos que confirman esta indiscutible verdad. ¡Quién no conoce, por ejemplo, el sello que imprime á la naturaleza moral del individuo, la constitución normal ó las aberraciones del sentido genésico! ¡Quién no ha observado con asombro, el cambio brusco, sorprendente, decisivo, para la formación de su

personalidad moral, que hace experimentar, al carácter psicológico de la mujer, el momento crítico de la pubertad! La clásica doctrina de los temperamentos, tan vieja como la medicina, en todos tiempos criticada, pero en todas épocas admitida, con su gráfica descripción de la fisonomía físico-moral de los distintos tipos orgánicos, no es más que una intuición cuasi legendaria de esta verdad, perpetuada al través del tiempo en la mente de los médicos.

Esa desconocida mitad inferior de la conciencia, es, además, para nuestra vida de una extremada importancia, pues que ella es el sitio de la mayor parte de nuestros placeres y de nuestros dolores. El dolor corporal agudo es sólo el grito de alarma transmitido al cerebro por los nervios, dando cuenta de los grandes disturbios que ocurren en nuestra sensibilidad. Aparte los dolores agudos, hay otras sensaciones generales, de vago malestar, de languidez, de apocamiento, de miseria física y mental, que acompañan á todo desarreglo de la salud general del cuerpo. Por cierto que cada aparato orgánico, al enfermar, lleva su sello especial de depresión orgánica á la conciencia. Así, por ejemplo, los enfermos del corazón tienen una tendencia irresistible al terror y á la ansiedad. Cuando los pulmones andan lesionados, háse dicho que sugieren ideas de cierta resignación y esperanza en el espíritu; lo que sí es cierto en esta clase de enfermos, es que las aprensiones del daño no corresponden jamás á las efectividades de la gravedad y el peligro; y así vemos á los pobres tísicos, en vísperas de agonizar, ocupándose en proyectos de viajes halagüeños, y echando grandes planes para un lejano porvenir. Las afecciones del estómago, del hígado, y en general del aparato digestivo, van siempre acompañadas de una depresión melancólica de tristeza é infelicidad verdaderamente irresistibles, aun en aquellos casos en que los enfermos ignoran el sitio preciso de su mal. En los padecimientos del aparato genital y urinario se advierte una irritabilidad histeriforme del carácter, y una atención persistente é hipocondriaca sobre la enfermedad, que es peculiar á este linaje de enfermos.

Toda esa rara disposición de nuestro espíritu, que unas veces nos inclina, sin saber por qué, á la expansión y á la alegría, y otras veces á la reconcentración y á la tristeza, depende, en gran parte, del grado de tensión molecular de esa circulación nerviosa de la vida vegetativa, cuya resonancia mental en la conciencia ha recibido el nombre técnico de cenestesia. A ese preciso grado de tensión molecular, que tanto influye sobre la disposición del ánimo, contribuyen tres factores materiales diferentes: de un lado,

la constitución individual del sistema nervioso, ora fuerte y vigoroso, ora débil y enteco; de otro lado, el estado de salud de los demás órganos y vísceras que están en correspondencia dinámica con el cerebro; y de otro, el estado de nutrición, de agotamiento y eficaz reparo de las fuerzas que periódicamente experimenta el propio sistema nervioso.

Estas tres condiciones dinámicas internas, en su más alto grado de tensión molecular, constituyen el coeficiente orgánico de ese sentimiento íntimo de euforia, de plenitud y bienestar, que junto con las dulces y alegres impresiones venidas del exterior, forman, en rigor científico, eso que en este mundo se ha dado en llamar, por antonomasia, felicidad.

Y para que no se crea que estamos discurriendo sobre hipótesis al afirmar que el estado de la tensión general nerviosa influye sobre el sentimiento de nuestra felicidad, veamos lo que pasa en ese ciclo diario de nuestra organización, en el que las energías se gastan durante la vigilia, y se reparan después mediante el descanso por el sueño. El despertar es ordinariamente letárgico, difícil, perezoso, de negro humor y clara irritabilidad; es preciso ir sacudiendo las sombras que todavía se ciernen sobre el cerebro medio adormido, para llegar á darnos cuenta de la plena evidencia del vivir. Poco después, venidas que son á su mayor actividad las fuerzas nerviosas renovadas, nos sentimos más alegres, más expansivos, más generosos, más esperanzados, más apuestos para vencer toda dificultad de la vida, según percibimos interiormente de espontáneo y caudaloso el pensamiento, y de fuerte y vigorosa la voluntad. A manera que llega la tarde, y las fuerzas corporales disminuyen, va decayendo, poco á poco, aquella alegre expansión matinal, y nos creemos cada vez más agobiados y menos venturosos. Y luego que las horas de la noche corren presurosas, y con el agotamiento del cuerpo viene la fatiga del espíritu, todo se va entristeciendo y obscureciéndose, hasta que allá, en las altas horas nocturnas, por todas partes nos rodean las sombras y surgen pavorosos los fantasmas.

En este momento supremo del agotamiento de las energías nerviosas, es cuando suele sobrevenir en los enfermos la agonía, y en los pobres de espíritu el espanto. Por último, caemos en los brazos del profundo sueño, donde se recuperan por completo las energías nerviosas, y al despertar á la mañana del siguiente día, todos aquellos falsos temores han huído y desvanecido con las sombras.

Además de ese ciclo diurno de la vida nutritiva, en relación con la tensión cerebral, existen en nosotros otros ciclos más ex-

tensos de muchos días y semanas, que, aunque á la sazón están muy poco conocidos ni estudiados, parecen depender de la influencia sidérica de la revolución lunar, en los que alternan periódicamente la sobreactividad nutritiva de la materia, y la eflorescencia del poder mental, con la depresión de las fuerzas trófico-nerviosas y el decaimiento inevitable del espíritu.

El propio ciclo anual, no es menos elocuente y expresivo de esta verdad fisiológica.

Durante la primavera, la Naturaleza entera se nos aparece más alegre y más feliz; no sólo porque en ella, animales y plantas, todo resucita y llega al mayor extremo de su lozanía y plenitud al reponer las pasadas pérdidas invernales con la vuelta de la máxima irradiación del sol, sino porque nuestra propia vida nutritiva, dejándose influir por el impulso creador de la nueva savia universal, se hace más potente, y envía hacia el sensorium corrientes nerviosas más sanas y tonificadoras que sugieren en nuestro espíritu apacibles oleadas de dulce ventura y eterna felicidad.

Ultimamente, aquellos regocijos de la juventud, aquellas expansiones, aquellas esperanzas, aquella febril actividad, debidos á la hirviente sangre y á la pasmosa colaboración nutritiva y funcional del cerebro, forman verdadero contraste con la falta de ilusiones que caracterizan la madurez de la existencia, y con aquellas tristezas y negruras de la vejez, en que no parece sino que el mundo entero decae y muere, á manera que oscila y se apaga la luz divina de la vida en la senil cabeza de los hombres.

Resumiendo ahora lo que hemos hasta aquí analizado del concepto fisiológico de la conciencia, diremos, para concluir, que nuestra personalidad psicológica, en toda la complejidad y plenitud de su esencia, está constituída por la suma de estados mentales á un tiempo existentes en nosotros, de los cuales, los unos, vívidos, intensos, definidos, fugaces, sujetos á frecuentes relaciones y rápidas metamorfosis, tienen por coeficiente fisiológico las corrientes nerviosas que desde el mundo exterior vienen al cerebro, y las reacciones dinámicas con que el cerebro contesta á ese propio mundo exterior; mientras los otros, débiles, oscuros, difusos, de gran volumen y de tardos y casi imperceptibles cambios, corresponden á corrientes nerviosas venidas de lo íntimo de nuestro propio cuerpo, y á descargas moleculares que desde sus centros superiores nerviosos van á parar á todos los elementos anatómicos.

Aquella primera serie de fenómenos mentales constituye la conciencia objetiva, ó del mundo que nos rodea; y esta otra serie

forma la conciencia subjetiva, ó del interior de nosotros mismos. Y si en el curso de este estudio he insistido con mayor empeño en el análisis fisiológico del aspecto subjetivo que del objetivo de la conciencia, es por constituir aquél la parte más olvidada y desconocida de la fisiología contemporánea; siendo así que corresponde á lo que hay de más constante y esencial en la constitución de nuestra total naturaleza psicológica. Pues no parece, cuando se mira bien esta rara estructura de la conciencia, que la primera serie de fenómenos se da sobre la segunda, como pudiera darse el sol sobre las tinieblas del espíritu.

En este concepto, nuestra alma pudiera ser comparada al mar inmenso; en donde, aparte el movimiento total de las mareas, existe el movimiento de las olas rizadas por el viento. Si esos dos movimientos fueran susceptibles de conciencia, los dos unidos formarían el alma enterad el mar; y las tempestuosas olas, ruidosas, gigantes, soberbias, se creerían nacidas de las grandes energías del infinito espacio, que allá en el seno de la gravitación universal sólo mueven con ritmo periódico y cadencioso la total masa enorme de las aguas.

EL COLERA

Primer tema discutido en el XII Congreso de Medicina interna,
en Wiesbaden, 1893. (1)

(Continuación.)

IV

La tesis que Pettenkofer y Emmerich sostienen, es refutada por C. Fränkel (2) (Marburgo), á cuyo juicio, los dos experimentos de auto-infección son pruebas positivas del valor etiológico del bacilo de Koch, y constituyen verdaderos casos de cólera leve. En su concepto, ha de tenerse en cuenta que la virulencia de los vibriones coléricos, con el cultivo en un terreno artificial, decrece rápidamente, y no se consigna el número de días que habían sido cultivados, ya fuera del cuerpo humano, los bacilos enviados por Gaffky; tampoco debe olvidarse la diferente receptividad de cada individuo. El caso con frecuencia mencionado de infección involuntaria en los cursos de Berlín para el estudio del

(1) Véanse los números 147, 148 y 149 de esta Revista.

(2) *Deutsche medizinische Wochenschrift*, números 48 y 51, 1892.

cólera, demuestra claramente la posibilidad de que los bacilos produzcan la enfermedad, aun sin el sumando *y*. La última epidemia de Hamburgo, según C. Fränkel, prueba de modo evidente su relación directa con el bacilo por medio del agua no filtrada, y su independencia de este mismo factor *y*; puesto que las poblaciones de Altona y Wandsbeck, en la inmediación de Hamburgo, que tienen provisión especial de aguas, quedaron indemnes. Rechaza el concepto de que el agua de canalización infecte el subsuelo de esta última ciudad, y afirma que la epidemia colérica de 1892 ha puesto en evidencia, de una manera palmaria, la eficacia de todas las medidas profilácticas y preventivas planteadas contra la propagación de los bacilos.

En la polémica interviene Emmerich, defendiendo con los argumentos conocidos el punto de vista que representa el venerable profesor Pettenkofer; y cada cual espera que la próxima epidemia vendrá á dar la razón á su respectiva teoría.

V

Rumpf ha publicado el resultado de sus observaciones con relación al tratamiento del cólera en el nuevo Hospital general de Hamburgo, comprendiendo unos 3.000 casos. Juzga este autor que el ataque típico en la epidemia de Hamburgo presentó el cuadro manifiesto de un envenenamiento grave y bien caracterizado, que no puede, en manera alguna, explicarse por las pérdidas líquidas del organismo. Algunos pacientes sufrieron diarreas escasas, y aun el vómito faltó varias veces; el tránsito de la sencilla diarrea colérica, con que ordinariamente empieza el padecimiento, al estadio de intoxicación se efectúa frecuentemente con rapidez aterradora; en breves horas, y no pocas veces con igual rapidez, se presenta el período álgido ó asfíctico, seguido de muerte. Los casos más graves ocurrieron al principio de la epidemia, aumentando con el tiempo el número de los leves; circunstancia que ha de tomarse en consideración al formar juicio de los éxitos terapéuticos, en las diferentes épocas de la epidemia.

Para la curación de los invadidos ensayáronse todos los medios de desinfección intestinal (salol, creolina, creosota, cresol, ácido clorhídrico, ácido láctico), obteniendo efectos nulos, ó, en parte á veces, perjudiciales. Los calomelanos, ya citados, (dos á cinco centigramos cada dos horas para los adultos), ofrecieron el resultado mejor en los casos de mediana gravedad y en los leves; así como los baños calientes, los medicamentos corroborantes y

estimulantes, café caliente y té, vino, champagne, inyecciones de aceite alcanforado. Contra los dolores epigástricos y en los gemelos, morfina por el método hipodérmico.

En general, la más abundante evacuación del intestino (vómitos, diarrea), parecía influir saludablemente en el curso de la enfermedad; por el contrario, el ópio favorecía el desarrollo de la intoxicación. Las soluciones tánicas calientes, con arreglo al método de Cantani, fueron comunmente beneficiosas.

En el período álgido, la terapéutica dió resultados menos li-sonjeros. Como el veneno colerígeno obra principalmente ocasionando la parálisis del sistema vascular y de la calorificación, se trató de contrarrestar con los baños de aire caliente y de vapor y con las inhalaciones de nitrito de amilo el estado de constricción convulsiva de las arterias, á fin de facilitar y reforzar la circulación, aunque todo era inútil. Las inyecciones subcutáneas, ó mejor, intravenosas, de una solución de cloruro de sodio, al 0,6 por 100 y á la temperatura de 42°, que ya se han indicado, fueron el más adecuado recurso, cuya provechosa acción explica Rumpf porque prestan calor al sistema vascular y al corazón y diluyen la toxina disuelta en la sangre. Por lo regular, el curso era más benigno, si á poco de la inyección se restablecía la secreción urinaria.

En la autopsia se descubrían principalmente dos clases de lesiones: la inflamación del intestino delgado, con gangrena de la capa epitelial, y un padecimiento típico de los riñones.

Los casos que terminaban por la salud presentaban con frecuencia un exantema que, ora comprendía partes aisladas, ora se extendía á todo el cuerpo; exantema parecido unas veces á la urticaria, otras al sarampión ó la roseola, y que en algunos enfermos tenía la apariencia de una infiltración rojiza y circunscrita.

Entre las enfermedades que retardaban la curación, menciona Rumpf, en primer lugar, la *fiebre séptica*, mal llamada *cólera tífico*, estado parecido al tifoideo, con distensión y sensibilidad del vientre; pero aquél se distingue por la fiebre, ya continua, ya intermitente, por la falta de tumefacción esplénica y también por el descenso frecuentemente rápido de la temperatura. Señala luego el *estadio comatoso con nefritis*, que se caracteriza por el sopor profundo, mayor cantidad de albúmina y cilindros en la orina, pulso ancho, mejillas encendidas y disnea, sin acompañar edemas ó calambres, terminando por la muerte.

J. DEL CASTILLO,

Médico primero.

(Concluirá).



PRENSA Y SOCIEDADES MEDICAS

Operaciones en el canal vertebral.—Urbán define las indicaciones para operar en el canal vertebral, como sigue:

1.º Las fracturas vertebrales con presión sobre la médula. No debe practicarse la operación inmediatamente después del accidente, sino que debe esperarse la consolidación, porque sería en extremo difícil al principio unir con firmeza las partes fracturadas. El tiempo oportuno varia con las circunstancias, y será de la quinta á la octava semana, si para esa época no se han corregido los síntomas; si después de la 12.ª semana no se han aliviado los síntomas, habrá, sin duda alguna que ejecutar la operación.

2.º Nuevas formaciones en el canal vertebral.

3.º Espondilitis tuberculosa después de haber permanecido estacionado el proceso durante varios meses, al menos sin que se sospeche la presentación de abscesos.

4.º Como una medida de exploración en todos los casos en que se presenten los síntomas de presión localizada sobre la médula, después de lo cual, según lo expuesto, deberá completarse la operación.

(*Verhand. der Deuts. Ges. für Chir.*)

*
*
*

Tabes.—Gimnasia.—Hirschber ha comprobado cuidadosa y minuciosamente el método mecánico de Fraenkel's para el tratamiento de la tabes. El principio de este método consiste en hacer que el paciente ejecute ciertos movimientos exactamente prescritos con los miembros atáxicos; estos movimientos son al principio muy sencillos, complicándose mucho más tarde; de aquí resulta que el paciente ha de concentrar su atención sobre la contracción muscular, y vigilar la misma cuidadosamente, y hacer así grandes esfuerzos para corregir la irregularidad atáxica. Hirschberg observó que con este método se alivian visiblemente los movimientos atáxicos de los pacientes tabéticos.

La fuerza muscular de los miembros afectos se hace mayor, se refuerza el poder de coordinación de los músculos, y además el paciente adquiere la confianza que había perdido; resultado moral de gran importancia. El tratamiento se puede usar en todos los estados de la tabes; sin embargo, los mejores resultados se obtienen cuando el paciente no ha dejado enteramente de andar; el método, no obstante, no presta utilidad en los casos de progreso rápido, cuando es mala la salud general y cuando existen enfermedades articulares.

Este tratamiento, con excepción de la ataxia, no tiene influencia alguna en los otros síntomas cardinales de la tabes.

(*All. Z. für Psychiatrie.*)

SECCIÓN PROFESIONAL

LAS PLANTILLAS DEL CUERPO

Con sujeción á las últimas reformas llevadas á cabo en el ramo de Guerra, el personal de Jefes y Oficiales del Cuerpo en la Península, ha quedado distribuido en la siguiente forma:

2 Inspectores Médicos de primera clase.

- 1 Inspector de Sanidad Militar del I Cuerpo de Ejército.
- 1 Id. id. id. del IV Cuerpo de Ejército.

6 Inspectores Médicos de segunda clase.

- 1 Vocal de la Junta Consultiva de Guerra.
- 5 Inspectores de Sanidad Militar del II, III, V, VI y VII Cuerpos de Ejército.

17 Subinspectores Médicos de primera clase.

- 1 Auxiliar del Ministerio de la Guerra.
- 1 Vocal de la Junta Consultiva.
- 1 Director del Instituto Anatómo- Patológico.
- 8 Directores de los Hospitales militares de Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Vitoria, Burgos y Coruña.
- 6 En el cuadro eventual permanente.

23 Subinspectores Médicos de segunda clase.

- 2 Auxiliares del Ministerio de la Guerra.
- 1 Vocal de la Junta Consultiva.
- 1 Director del Parque Sanitario.
- 1 Primer Jefe de la Brigada de tropas de Sanidad Militar.
- 1 En el Real Cuerpo de Alabarderos.
- 6 Directores de los Hospitales militares de Badajoz, Granada, Cádiz, Málaga, Pamplona y Valladolid.
- 3 Jefes de Sanidad Militar de Baleares, Canarias y Ceuta.
- 8 Jefes de servicios en los Hospitales militares de Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Vitoria, Burgos y Coruña.

91 Médicos mayores.

- 3 Auxiliares del Ministerio de la Guerra.
- 1 Vocal de la Junta Consultiva.
- 1 Para la asistencia del personal del Ministerio de la Guerra.
- 1 Jefe de las Ambulancias de Madrid.
- 1 Jefe del detall del Parque Sanitario.
- 1 Mayor de la Brigada de tropas de Sanidad Militar.
- 1 Jefe del detall del Instituto Anatómo- Patológico.

- 3 Para la asistencia del Cuerpo de Inválidos, el Escuadrón de Escolta Real y la Inspección de Carabineros.
- 7 Secretarios de las Inspecciones de Sanidad Militar, de los siete Cuerpos de Ejército.
- 14 Directores de los Hospitales militares de Alcalá de Henares, Algeciras, Alicante, Lérida, Gerona, Tarragona, Figueras, Guadalajara, San Sebastián, Bilbao, Santoña, Vigo, Ceuta y Melilla.
- 58 Jefes de clínica de los Hospitales militares: 12 en Madrid, 2 en Badajoz, 3 en Sevilla, 2 en Granada, 2 en Cadiz, 2 en Málaga, 4 (*) en Valencia, 6 en Barcelona, 4 en Zaragoza, 3 en Pamplona, 3 en Vitoria, 3 en Burgos, 1 en Logroño, 2 en la Coruña, 4 en Valladolid, 2 en Palma, 2 en Mahón y 1 (*) en Santa Cruz de Tenerife.

198 Médicos primeros.

- 5 Auxiliares del Ministerio de la Guerra.
- 3 Para la asistencia del personal de dicho Ministerio.
- 1 Auxiliar de la Junta Consultiva.
- 1 Para la asistencia del personal de la Inspección general de la Guardia Civil.
- 1 Cajero de la Brigada de tropas de Sanidad Militar.
- 1 Para la asistencia del personal de las dependencias centrales del primer Cuerpo de Ejército.
- 1 Idem id. de las Prisiones Militares.
- 1 Idem id. del Colegio de Guardias jóvenes.
- 1 Idem id. de la Comisión liquidadora de Cuerpos disueltos.
- 1 Idem id. de la Comandancia y Parque de Artillería de Sevilla.
- 5 Para la asistencia de los Generales de cuartel y Jefes y Oficiales de reemplazo y en comisiones activas: 3 en Madrid y 2 en Barcelona.
- 5 Idem del personal de las Academias de Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros y Administración Militar.
- 3 Idem id. de las fábricas de armas de Toledo, Trubia y Oviedo.
- 2 Idem id. de las fábricas de pólvora de Granada y Murcia.
- 3 Idem id. de las Remontas de Granada, Ubeda y Morón.
- 4 Idem id. de los cuatro Depósitos de caballos sementales.
- 4 Idem id. de los Depósitos de Ultramar de Madrid, Santander, Barcelona y Cadiz.
- 2 En el Instituto Anatómico-Patológico.
- 1 En el Parque Sanitario.
- 1 En el Cuarto Militar de S. M.
- 1 En el Real Cuerpo de Alabarderos.
- 2 En los Hospitales militares de Ceuta y Melilla.
- 56 En los primeros Batallones de otros tantos Regimientos de Infantería en actividad.

(*) En la *Colección Legislativa* figura uno más; pero hay que suponer que sea por error de imprenta, habida consideración del número total de plazas de Mayor consignadas en la ley de Presupuestos.

- 3 En los primeros Batallones de los tres Regimientos de Infantería de Africa.
- 2 En los primeros Batallones de los dos Regimientos regionales de Infantería de Baleares.
- 20 En igual número de Batallones de Cazadores.
- 28 En otros tantos Regimientos de Caballería en actividad.
- 14 En los Regimientos montados de Artillería.
- 2 En los Regimientos de Artillería de montaña.
- 10 En igual número de Batallones de Artillería de plaza.
- 4 En los primeros Batallones de los cuatro Regimientos de Zapadores Minadores.
 - 1 En el Regimiento de Pontoneros.
 - 2 En los Batallones de Telégrafos y Ferrocarriles.
 - 1 En la Brigada de tropas de Administración Militar.
 - 1 En el primer Tercio de la Guardia Civil.
 - 2 En el 14.º Tercio de la id. id.
 - 2 Secretarios de las Jefaturas de Sanidad Militar de Baleares y Canarias.
 - 1 Para eventualidades en Baleares.

100 Médicos segundos.

- 56 En los segundos Batallones de otros tantos Regimientos de Infantería en actividad.
- 3 En los segundos Batallones de los tres Regimientos de Infantería de Africa.
- 2 En los segundos Batallones de los dos Regimientos regionales de Infantería de Baleares.
- 4 En los segundos Batallones de los Regimientos de Zapadores Minadores.
 - 2 En los Batallones regionales de Cazadores de Canarias.
 - 1 En el Batallón Disciplinario de Melilla.
 - 1 En el Escuadrón regional Cazadores de Mallorca.
 - 1 En la Brigada Topográfica de Estado Mayor.
 - 1 En la Comisión de Estado Mayor en Marruecos.
 - 1 En la Brigada de tropas de Sanidad Militar.
 - 1 En la Escuela Central de Tiro.
 - 1 En el Instituto Anatómo- Patológico.
 - 1 En la fábrica de pólvora de Murcia.
 - 1 En la fábrica de armas de Trubia.
 - 1 En el fuerte de Isabel II, en Mahón.
- 6 Para eventualidades del servicio en Madrid, Zaragoza, Burgos, Córdoba, Canarias y Ceuta.
- 14 Para el servicio de guardia de los Hospitales Militares: 4 en Madrid, 3 en Sevilla, 2 en Valencia, 3 en Barcelona y 2 en Zaragoza.
- 3 En las Enfermerías de Alhucemas, Chafarinas y Peñón de la Gomera.

1 Inspector Farmacéutico de segunda clase.

- 1 Director del Laboratorio Central de Sanidad Militar.

3 Subinspectores Farmacéuticos de primera clase.

- 1 Vocal de la Junta Consultiva de Guerra.
- 1 Jefe de la Farmacia Militar de Madrid.
- 1 Director del Laboratorio de Málaga.

3 Subinspectores Farmacéuticos de segunda clase.

- 1 En el Laboratorio Central de Sanidad Militar.
- 2 En los Hospitales Militares de Madrid y Barcelona.

10 Farmacéuticos mayores.

- 1 Auxiliar del Ministerio de la Guerra.
- 1 En el Laboratorio Central.
- 8 En los Hospitales Militares de Badajoz, Sevilla, Granada, Valencia, Zaragoza, Vitoria, Burgos y la Coruña.

25 Farmacéuticos primeros.

- 1 Auxiliar del Ministerio de la Guerra.
- 1 Auxiliar de la Junta Consultiva.
- 2 En el Laboratorio Central.
- 1 En el Laboratorio Sucursal de Barcelona.
- 1 En el Hospital Militar de Madrid.
- 16 En los Hospitales militares de Alcalá de Henares, Algeciras, Cádiz, Málaga, Gerona, Zaragoza, Pamplona, San Sebastián, Vitoria, Santoña, Burgos, Coruña, Valladolid, Mahón, Ceuta y Melilla.
- 3 En las Farmacias militares de Madrid, Leganés y Sevilla.

30 Farmacéuticos segundos.

- 3 En el Laboratorio Central.
- 1 En el Laboratorio de Málaga.
- 3 En el Hospital Militar de Madrid.
- 16 Para los Hospitales Militares de Badajoz, Sevilla, Granada, Valencia, Alicante, Barcelona, Lérida, Tarragona, Guadalajara, Pamplona, Bilbao, Santoña, Vigo, Valladolid, Palma y Santa Cruz de Tenerife.
- 3 En las Enfermerías Militares de Alhucemas, Chafarinas y Peñón de la Gomera.
- 2 En la Farmacia Militar de Madrid.
- 2 En la Farmacia Militar de Sevilla.